

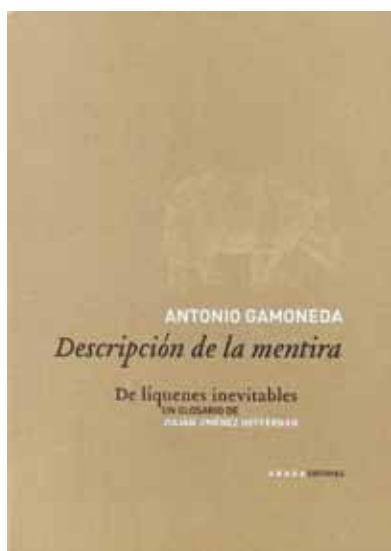


Mi “diálogo” con la poesía en lengua portuguesa

Antes de considerar mi relación (vinculaciones, cercanías poético-existenciales, admiraciones etcétera) con creadores en lengua portuguesa, me parece razonable decir algo sobre la que es en modo general mi manera de entender la poesía. Entendimiento que, de alguna manera, resultará informativo, creo, no sólo de mi valoración de obras, portuguesas o no, sino de afinidades que yo mismo o la crítica hayamos podido advertir.

Mis denotaciones o connotaciones en este sentido no deben estimarse estrictamente referidas a autores catalogados como poetas; la poesía (*Aristóteles dixit*) carece de género, lo cual equivale a decir que la poesía puede darse en cualquiera de los géneros reconocidos académicamente, reconocimiento éste que puede comportar un marco restrictivo, una clasificación demasiado simplemente orientada a la didáctica..

Yo pienso que el poeta ha de poseer una especial capacidad que articule sensibilidad, lenguaje y pensamiento, potencialidades, en particular la segunda y tercera, exclusivamente humanas, derivadas de la capacidad de emitir una fonación articulada, generadora y emisora de pensamiento. Menciono las potencialidades en un orden deliberado. A mi juicio, este orden se corresponde, precisamente, con el que es curso generativo de la poesía. La sensibilidad supondrá la existencia en la poesía, en su origen, de una causa musical; de una rítmica, en concreto, que, obviamente, es una realidad sensible. Otra vez aquí Aristóteles (*Poética*) o T. S. Eliot (*Función de la poesía, función de la crítica*), quien afirma que “poesía es aprehensión sensible del conocimiento”, lo que supone que una función *sensible* precede al pensamiento e, incluso, que lo genera, y esta función no puede ser otra que la rítmica (eventual y muy secundariamente, la rima, la distribución acentual, las aliteraciones etcétera, es decir, aspectos fónicos que pueden contribuir a una conducta musical de la palabra). Tal función rítmica y la voluntad o el impulso de activarla hubieron de estar ya presentes en la naturaleza de los humanos más primitivos (*¿del erectus, del sapiens?*), en analogía con lo que sucede en las actuales etnias que consideramos primitivas y en esos otros “primitivos” que son los niños. Me refiero a la pendulación con o sin cántico, a mecer o acunar a los pequeños también con o sin cántico, y a la danza, a ésta con especial énfasis. Parto de observaciones mías y directas, y de una experiencia, ésta ya más “avanzada”, que voy a relatar. Mi nieta Cecilia, en sus cuatro o cinco años, dijo una vez: “La luna sangra en el río”. Vaya, me dije yo, en el parvulario ya les leen a Lorca. No, no les leían a Lorca. Cecilia, sin referencias ni capacitación alguna, había construido un octosílabo perfecto, provisto, además, de una espléndida metonimia. No ha vuelto a dar ninguna otra señal de contar con la que sería una sorprendente y temprana dotación orientada a la creatividad poética metrificada. No conocería bien, incluso, el significado unitario de las palabras que había pronunciado. Actuó como lo que era: un “primitivo” creador de primeras palabras conducidas por una métrica (por un ritmo *normalizado*) a causa de un automatismo de su naturaleza y de su capacidad de producir fonación articulada, impregnada ésta, quién sabe cómo y por qué, por los rasgos *sensibles* de un lenguaje *otro* (no del lenguaje usual), instintivamente aprehendidos. Una activación poética en todo caso, fuese por lo que fuese.



Asociado pues a la sensibilidad (a la rítmica), hemos de contemplar, siempre que de poesía se trate, el componente significativo. Hasta nuestra común Edad Media, el lenguaje poético apenas difiere del lenguaje convencional (con excepción, quizá, de la grandiosa sencillez presente en la lírica de cancionero). La poesía era básicamente aleccionadora (en la religiosidad y en la política, por ejemplo), didáctica e informativa. Cumplía una función social, benéfica o dañina, que hoy diríamos mediática, y la cumplía con el lenguaje habitual en el que predominaba la objetividad, lo que hoy, en el espacio literario, consideramos realismo.

Pero la aparición de la tipografía (Gutenberg), que, en adelante, asumió la que digo función mediática, coincidiendo con la de los metros italianos y con el “espíritu” que acompañaba a éstos, supuso el giro radical que llamamos Renacimiento. Progresivamente, la poesía se enraizó en la *subjetividad consciente o subconsciente*, y adoptó un lenguaje portador de una semántica imprevisible (un lenguaje *otro*). Ya estaban en esta perspectiva nuestros Camoens y Garcilaso. Hará de ello quinientos años, pero me atrevo a decir que, actualmente, la radicación y la perspectiva históricamente válidas son las mismas; permanecemos y avanzamos (o retrocedemos) dentro del mismo espacio definido por los mismos rasgos esenciales: liberación formal (ésta no siempre y nunca absoluta), subjetivación, lenguaje y pensamiento imprevistos, con frecuencia sorprendentes (incluso para el propio poeta), creación y revelación de *realidades intelectuales* (inexistentes quizá en el mundo objetivado, en el mundo exterior al poeta). *Realidades* que el propio poeta puede desconocer si pertenecen al pensamiento, o a la sentimentalidad y a la sensualidad *subyacentes*.

Con palabras sencillas, aunque su significación profunda sea compleja, cabría afirmar que en el lenguaje usual, y también en el especializado (filosófico o científico, por ejemplo) y en la poesía realista, medieval o no, *se dice lo que se piensa*, y que, contrariamente, en el lenguaje poético, mutante y progresivo desde el Renacimiento hasta ahora, *se piensa lo que se dice*. No incluyo en la segunda afirmación, obviamente, las tendencias que yo digo “minirrealistas”, poética e históricamente regresivas y hasta reaccionarias.

En este segundo espacio intento mover mi escritura, y es también el espacio de mis afinidades y preferencias portuguesas. De éstas, diré pronto, ahora mismo. No puedo, ni quiero, ni quizá debo hacer el largo listado de nombres que podría hacer. Unas pocas señales pueden resultar más precisos indicadores que una multitud.

De tiempos en que la política, la cultura y las lenguas peninsulares no hacían, o apenas hacían, distinción entre España y Portugal, soy un apasionado del cancionero galaico-portugués, en el que resulta indiferente que el autor sea anónimo, trovador, cantor ciego o rey, y que naciera acá o allá de las actuales fronteras.

Avanzo en el tiempo y doy con mi muy querido Gil Vicente, bilingüe y pa-reable con el español Juan de la Enzina, que vivió “a tiro de piedra” de mi casa actual. Gil Vicente supone la más bella articulación posible de la estética medieval y la renacentista, particularmente en lo concerniente a la poesía de cancionero. Y yo, aunque no haya mucho conocimiento de ello, hago poesía de cancionero.





Sigo avanzando y ya estoy en Camoens, renacentista pleno, y ante el inmenso resplandor de *Os Lusíadas*, que, deslumbrado, leí, hace más de medio siglo, en portugués. Tengo que decir que de Camoens, también bilingüe, he gozado mucho con su lírica escrita en castellano, y que, de sus sonetos concretamente, ha de haber huellas en mis poemas juveniles, huellas y poemas que permanecen muy queridos y que publicados están en un volumen de mi poesía casi completa.

Distinto es el caso posterior de las *Letras portuguesas*, sean o no de Mariana Alcoforado, sean o no en lengua portuguesa originariamente (me gustaría que lo fuesen), que éstas me magnetizaron con gran intensidad hace ya muchos años y es probable su marca en mi poesía de entonces.

Igual que me ocurre con España, hay un largo paréntesis temporal en que no me siento especialmente atraído por la poesía portuguesa, con la excepción, quizá, de Antero de Quental, tan interesante por su devenir humano e ideológico como por su obra.

Entro ya en el siglo XX, auténtico “Siglo de Oro” para las letras de Portugal (pienso que es, en Europa, el país que, con Irlanda, ofrece un más alto nivel, una más alta media por lo que a la calidad poética concierne), y, aquí, las obras y los autores se me revelan numerosos y grandes. Tantos y tan grandes que se hace difícil nombrarlos. Mi selección incompleta va a ser, también y por tanto, subjetiva, muy subjetiva, aunque no caprichosa; algunos aparecerán por razones de amistad o relación; otros, a causa, simplemente, de su lectura. Pero todos son grandes poetas.

Leído tengo, naturalmente y con gran respeto, a Pessoa y sus heterónimos. Por alguna causa, de la cual seré yo el culpable, el respeto no ha llegado a ser pasión. Me impresionó mucho, no obstante, su *Libro del desasosiego*. Siendo yo muy joven, conocí en persona a Miguel Torga, al que ya había leído y que me regaló sus *Poemas ibéricos*. Creo que su obra poética influyó tangencialmente en *Blues castellano*. Traté brevemente a Cesariny, de cuyo libro *Pena capital* puede haber algún eco en mi *Descripción de la mentira*. Amigos son –o lo fueron–, en distinto grado, Saramago, Ana Luisa Amaral, Nuno Júdice o Luis Miguel Nava (éste de tan secreta vida y espantosa muerte, que me visitaba siempre que viajaba de Bruselas a Lisboa) y, finalmente, João Moita, mi traductor, tan joven, tan desconocido, tan esencialmente poeta.

Admiro, como el gran creador que fue –que es– a Eugenio de Andrade. Tengo pendiente la entrada profunda en la obra de Vergílio Ferreira, del que aún no he leído más que *Aparição*, pero ya he entrado en sospecha de que el encuentro con él va a ser un “encuentro mayor”, un muy serio e intenso encuentro. Es posible que, sin clara deliberación, sea ésta la causa que demora tal encuentro. ¿Pereza intelectual? Sospecho, decía o iba a decir, que mi aproximación más cercana a un poeta (sí, poeta) portugués, pueda ser, en lo que a pronunciamiento existencial concierne, bien para coincidir, bien para disentir, la que suscite Vergílio Ferreira.

He dejado para el final la mención de Herberto Helder. ¿Por qué? Trataré de decirlo. Tuve con Herberto una sucesiva, abreviada en su letra y no muy numerosa, relación epistolar, que cesó abruptamente cuando conseguí –y le envié– un libro que buscaba hacía mucho y que me pidió que yo buscara.

¿No quiso darme las gracias? Cabe que así fuese. Trato de sugerir la tipicidad personal de Herberto y por ello cuento lo que cuento, que otra anécdota, anterior, hay y también la voy a contar. Hace unos diez años, era yo o iba a ser miembro del jurado del Premio “Reina Sofía”, el más importante de España específicamente dedicado a una obra poética mantenida en altura durante tiempo largo, en cualquier país y escrita en alguna de las lenguas radicadas en la Península Ibérica (no hace mucho que le fue otorgado a Nuno Júdice). Con total e ingenua naturalidad, pregunté a Herberto si estaba de acuerdo con que yo le propusiese y defendiese su candidatura. La respuesta fueron cuatro, exactamente cuatro, palabras: “Ni se te ocurra”. No las firmó siquiera. Amigos portugueses me dijeron en alguna ocasión, que, de cuando en vez -suponían que se trataba de un brote depresivo- llamaban a la puerta de su casa, que Herberto no abría, y le dejaban comida en el suelo, ante la puerta. No lo certifico; me lo dijeron, y eran ellos mismos los que, al parecer, hicieron esto alguna vez.

Con estas peculiaridades y con otras, más o menos análogas, que se habrán dado y que yo desconozco, Herberto es un gran poeta (“es” escribí en noviembre de 2014 y lo mantengo colocando hoy en el texto este paréntesis). No alcanzo a saber con evidencia -ni sin evidencia- si mi poesía tiene alguna semejanza con la suya. Hay quien dice que sí y hasta estuvo en proyecto, finalmente frustrado, un libro común en el que ambos dialogásemos. Yo añado que, si así es, la semejanza no es referible a una *estatura cualitativa*, No lo digo por falsa ni verdadera humildad, sino por simple sentido común: *Herberto, es el mayor poeta actual de, al menos, Europa*. Para dar “un poco” de razón a los no muchos que abonan la supuesta semejanza, puedo acudir a las *Mudanzas*, difuso acápite acuñado por Herberto y repetido sin rubor por mí, aunque mis “mudanzas” no tengan el tamaño estético ni la potencia mentirosa (¡qué fabulosa potencia!) de las suyas, que Herberto se decía traductor de poetas sioux, malgaches, toltecas... sin limitación alguna derivada de que las lenguas o las etnias estén extinguidas.

He dicho que cerraba mi declaración con Herberto, pero estando en ello ha venido a mí un recuerdo más; un recuerdo necesario. Poco o nada importa que la lengua brasileira tenga diferencias con la plenamente portuguesa. También las hay en los países que se dicen hispanoamericanos y tenemos su lengua por nuestra. El recuerdo necesario es Ledo Ivo, de quien ya había leído algo cuando se inició, en Holanda, una hermosa amistad entre nosotros. Murió en España, hará un par de años, cuando se disponía a venir a León para visitarme. “Piensa en la lluvia, cayendo sobre los huertos hipotecados”, un verso, o su poema “Cavalo morto”, percutían en mí cuando por primera vez nos saludamos. Ahora tengo toda su obra, que leo y releo. Un poeta grande que va a estar conmigo mientras viva.

Ahora sí, ahora he terminado. Estas incompletas notas son lo que puedo ofrecer a los generosos participantes en “Diálogos Ibéricos”. Muchas Gracias.

